

## SERMON 2.<sup>o</sup>

### PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

**La conducta del pueblo judío en el recibimiento que hizo á Jesucristo, nos demuestra la inconstancia de las cosas del mundo.**

*Hic est Jesus Propheta á Nazareth Galilee.*

Este es Jesus el profeta de Nazareth de Galilea.

Math. cap. XXI, v. 11.

Estaba próxima la hora en que Jesucristo debía entregarse en manos de sus enemigos para consumir la obra de la redencion del mundo. La infiel sinagoga que se habia resuelto á quitarle la vida, y que anhelaba el momento de llevar á cabo su criminal proyecto, suspiraba por saciarse con su inocente sangre. Pero antes que se verificase el sacrilego atentado, el Salvador entra en Jerusalem, no silvado ni insultado por enemigos, sino entre multitud de gente que hace resonar por los aires los ecos de sus voces, cantando himnos al que viene en nombre del Señor. Hombres y mujeres salen á recibirle con palmas y ramos de

oliva, y hasta los pequeñuelos acompañan á los mayores á cantar Hosannas y bendecir á aquel á quien llamaban Profeta y recibian con tan señaladas muestras de regocijo, y todos se decian: este es Jesus, el Profeta de Nazareth de Galilea. *Hic Jesus Propheta á Nazareth Galilee.*

¿Quién que hubiese presenciado tan triunfal entrada y hubiese observado la alegría de aquel pueblo, hubiese creído que en la misma semana habian de dar ignominiosa muerte al que era objeto de sus cánticos y alegrías? ¿Quién hubiese visto á los hijos de Israel tender sus ropas para que por encima pasase Jesucristo, se hubiese persuadido que á los cinco dias le habian de desnudar de sus vestiduras, dejándole en la mas vergonzosa desnudez, y despues de hacerle sufrir tormentos inesplicables le habian de colgar del patíbulo de los delincuentes? Pues sucedió así, y ved aquí, mis hermanos, el motivo de mezclar hoy la Iglesia himnos de alegría y de dolor: primero entona alegres Hosannas, y luego canta entristecida la historia trágica de la pasion y muerte del Redentor de la humanidad. Primero se alegra al ver la entrada triunfante que Jesucristo hace en Jerusalem, y luego se entristece al recordar la perfidia de aquel pueblo ingrato que pide su muerte y la consigue.

Vosotros los que amais al mundo, los que deseais sus aplausos, y gozais con sus lisonjas, fijad vuestra vista en el triunfo que hoy consigue Jesucristo. ¿Habeis sido vosotros mas celebrados? ¿Habeis oido mas alabanzas? ¿Habeis conseguido mayores triunfos? Pues bien: si os admirais al escuchar aquellos alegres cánticos, fijad vuestra consideracion en el fin que tuvieron, y vereis que convertida en odio la general alegría,

le conducen al poco tiempo, no á un trono de honor, sino á un patibulo de afrenta: vereis que le coronan pero no con diademas de brillantes, sino con punzadoras espinas, y aprendereis á mirar con desprecio los aplausos de un mundo que es inconstante en sus aplausos y celebraciones. Esto quiere hacernos conocer la Iglesia, al mezclar en este dia los triunfos de Jesucristo con sus tormentos y su muerte. Yo, pues, entrando en su espíritu y deseando que os aparteis del mundo que conspira contra vosotros, voy á demostraros con claridad, y la brevedad oportuna en dia de tantas atenciones religiosas, que *la conducta del pueblo judío en el recibimiento que hizo á Jesucristo, nos demuestra la inconstancia de las cosas del mundo*. Tal es mi pensamiento. Quiera el Señor que produzca en vosotros frutos de salvacion. Para que asi sea, imploremos los auxilios de la Divinidad, y para conseguirlos interpongamos la mediacion poderosa de la Santísima Virgen, á la cual con el mayor afecto de nuestros corazones, saludaremos con el ángel: *Ave María*.

#### PARTE ÚNICA.

Salomon que se habia visto en la cumbre de su grandeza, que por su sabiduría se habia hecho célebre dentro y fuera de su reino, y de quien admirada la reina Sabá exclamó: «Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oido (1),» para que conociéramos la falsedad del mundo, y lo engañoso de los aplausos que prodiga, nos dejó escritas estas memo-

(1) Lib. III. Reg. cap. X, v. 7.

rables palabras. «Todo lo que hay en el mundo es vanidad de vanidades y todo vanidad; *vanitas vanitatum, et omnia vanitas* (1).»

En efecto, mis señores: no hay cosa mas falsa y por consiguiente mas pasajera que los aplausos de la sociedad que nunca son sinceros: esto no obstante, causa admiracion el ver muchos que no solo se deleitan y reciben su mayor gozo en ser objeto de celebracion, sino que procuran serlo, valiéndose para esto de todos los medios que están á su alcance. ¡Qué ciegos son cuando no conocen al mundo y sus ilusiones! El Evangelio de este dia es una demostracion palpable, de cuán errados caminan, los que trabajan por adquirir una celebracion que no puede menos de disiparse como el humo. La sociedad ensalza hoy á un individuo á quien abate al dia siguiente. Hoy veis á un hombre dominar un pueblo, y poco mas tarde gime, sino en la oscuridad de un calabozo, á lo menos emigrado en tierra estraña, y obligado á comer el pan amargo del destierro. Aun aquellos que obrando con rectitud procuran el bien general, recibieron tristes desengaños, pues despues de formar el ídolo de un pueblo, fueron víctimas de la ambicion ó la calumnia de otros. Mientras mas elevado y rodeado de riquezas se encuentra el hombre, tiene más preludios de ruina. Así se lo anunció el sábio Solon á Cresos, y este no pudo menos de recordarlo despues de su derrota, cuando cayó en poder de Ciro.

En confirmacion de esta verdad, no recurriré á hechos antiguos consignados en la historia, para que conozcais toda la inconstancia de las grandezas de la

(1) Eccle. cap. XII, v. 8.

tierra, ni os preguntaré donde está la grandeza de Roma pagana. Fijad vuestra vista tan solamente en el célebre soldado que estendió sus dominios por casi toda la Europa: aquel capitán á quien no era ya fácil contar el número de sus conquistas. ¡Qué ovaciones tan continuas! ¡Qué admiración y entusiasmo por do quiera que pasaba! ¡Cuántos festejos públicos para celebrarle! Y decidme, señores, ¿qué fué de tan decantado héroe? ¿Qué fin tuvieron sus conquistas? ¡Ah! Vosotros lo sabeis. Reducido á vivir en una pequeña isla, y teniendo medidos los pasos que podia andar, solo le quedaba el recuerdo de sus antiguas glorias. ¿Dónde están ahora, decia, aquellos pueblos entusiasmados que me colmaban de aclamaciones? ¿Dónde están mis soldados? ¿Dónde mis generales? ¡Ah! ¡Ahora conozco que solo Dios es grande!

Pero qué necesidad tenemos de citar ejemplos históricos, cuando es tan elocuente el que hoy nos recuerda la Iglesia nuestra Madre. Jesus siempre fué ensalzado y celebrado al mismo tiempo que era objeto del odio y persecuciones de otros. En la misma gruta de Belén, fué adorado y reconocido como Dios: en el tiempo de su predicación recibió homenajes de gratitud por parte de aquellos que de sus divinas manos habian recibido beneficios: unos le aclaman hijo de David, otros reconocen que el poder está en su mano: aquí le adoran rodilla en tierra, allí quieren proclamarle rey. Mas decidme, mis hermanos, ¿cuándo fueron mayores los triunfos de Jesucristo? ¿Cuándo se vió mas generalmente aclamado? ¿Cuándo se vió mas colmado de honores y de aplausos? ¿Cuándo escuchó mayor número de voces que le bendijeran? ¡Ah! Cuando entró en Jerúsalen donde pasados cua-

tro dias fué preso, azotado y finalmente colgado en el patíbulo de los criminales. Ved aquí, como se porta el mundo: ved aquí la conducta de las sociedades aun con aquellos que les han sido benéficos. Y si de este modo se portó el mundo con Jesucristo, que á nadie pudo hacer mal porque era la santidad por esencia, ¿qué podemos esperar nosotros de sus aplausos? ¿Qué ilusiones podremos formarnos por mas que seamos objeto de los mayores elogios?

Desengañaos de una vez: la grandeza que dá el mundo, es una grandeza efímera, que no puede formar la felicidad de ningun mortal, y esto aun suponiendo que en el mundo pudiera el hombre ser completamente feliz. El dolor, las lágrimas, las aficciones, si no acompañan, siguen á la misma elevación del hombre. ¿Pues qué es ello? ¿Quién conspira contra el hombre con tanta tenacidad? ¿Quién arranca de sus sienes los laureles de sus conquistas? ¿Quién oscurece la gloria que se supo conquistar? No lo preguntéis: el mayor enemigo del hombre, es el hombre mismo: la soberbia, la envidia, las pasiones todas, son las que conspiran contra él. Ocupa un puesto distinguido, y la envidia usa las fuertes armas de la invectiva y el sarcasmo, ayudados con la calumnia, para edificar sobre las ruinas del edificio ageno. ¿No es esto una verdad? ¿No nos lo dice la experiencia de cada dia? Repasad todos los estados que el hombre puede pasar en la sociedad. Si haceis consistir su felicidad por el elevado puesto que ocupa, ahora acabamos de pintar los peligros que le rodean. La historia de todos los pueblos, nos consigna la memoria de muchos que bajaron las gradas del poder, para subir las del cadalso, y la de otros que hubieran tenido el

mismo fin, si la fuga de su patria no les hubiese salvado. ¿Acaso haceis consistir la felicidad en las riquezas? Pero bien conoceis cuántos sinsabores acompañan á ellas. ¿Quereis ver mas claramente la inconstancia del mundo? Fácil es que lo conozcais vosotros los que sois poseedores de riquezas. ¿No es verdad que en todas partes se os recibe con la mayor alegría? ¿No lo es que se celebran hasta vuestras mas indiferentes acciones? ¿No os dirigen los mas afectuosos saludos? ¿No os gloriais de tener muchos amigos que os acompañan y que forman el alma de vuestras reuniones? Pues bien: ocultad vuestros bienes: fingid grandes pérdidas en vuestros negocios: vestid desde mañana mas pobremente, é insensiblemente ireis viendo desaparecer los aplausos que ahora os halagan: se irán retirando de vuestra vista todos esos aduladores importunos que ahora os rodean, y se os irán cerrando las puertas que al presente teneis francas: donde antes celebraban vuestros chistes, sereis despues objeto de fastidio. Entonces, cuando hayais recibido estas pruebas de desengaño, recurrid á vuestros amigos, á los que antes comian á vuestra mesa y asistian á vuestros saraos, y decidles que hagan algo por vosotros, á ver sin con la ayuda de ellos podeis salir de vuestro ruinoso estado. ¡Qué delirio!... Entonces veriais toda la falsedad del mundo; conoceriais en lo que paran sus aplausos. Llegado este caso, vuestros amigos se retirarán de vosotros; ireis en busca de ellos, y cuando preguntéis en sus mismas moradas, os serán negados.

Si esta prueba hicieseis, ya que no os persuade lo que estamos viendo cada dia, quedareis desengañados de una vez; vuestros ojos se abririan á lá clara

luz de la verdad; mirareis con desprecio los aplausos del mundo y su grandeza, y convencidos de que no puede formar la dicha del hombre, tratareis de buscar vuestra felicidad por otros medios y en diverso objeto. Es verdad, me direis; estamos convencidos de que este valle de lágrimas y de miserias, no ofrece al hombre sino punzadoras espinas y tristes desengaños. Pero puesto que nuestro corazon no puede vivir sin amar, ¿á quién amaremos? ¿A quién daremos posesion de nuestro corazon? ¿En donde encontraremos bienes constantes y sólida grandeza? Tan solo en Dios; os contestaré yo con el desengañado padre San Agustin. Solo Dios, es el que puede saciar el corazon humano, porque es el sumo bien. ¡Qué felicidad podrá igualarse á la de poseer á Dios?

Yo quiero suponer que seais en la tierra grandes sin contradiccion, lo que seria un fenómeno: ricos sin contratiempos, y sábios sin ser envidiados ni víctimas de calumnias. ¿Pero cuánto tiempo tiene de duracion esta felicidad? No pasa de cuatro dias, porque la muerte, que es infalible á todo sér que tiene vida, pone término á todo sér que tiene vida, pone término á todas las grandezas de la tierra. Y bienes que concluyen en un sepulcro, ¿pueden formar la felicidad? Grandeza cuya duracion es semejante á la luz del relámpago, ¿puede labrar la dicha de la criatura? Solo Dios es Eterno: solo en esa gloria que nos ofrece en recompensa si somos dóciles observadores de sus mandatos, es á donde existen bienes verdaderos y grandeza positiva: procurad, pues, trabajar por ser grandes en el cielo: si deseais riquezas, atesorad, os dice Jesucristo en el cielo, donde vuestro caudal no será consumido por la polilla y estará espuesto á la

codicia de los ladrones (1). Pero para conseguir esa eterna grandeza á que es llamado el cristiano, es menester mirar con desprecio los placeres y goces mundanos: es necesario que nuestro corazon no se divida entre Dios y el mundo: es condicion precisa que no fijando nuestra vista en cuanto la tierra pueda ofrecernos, nos abracemos con la cruz al modo que lo hizo Jesucristo, que debe ser la norma y el modelo del cristiano. Cuando el Salvador era objeto de las ovaciones mas entusiastas á su entrada en Jerusalem, su corazon y sus pensamientos estaban en los tormentos y en la cruz, porque sabia que la cruz era la escala por donde debia subir á sentarse á la diestra de su Padre.

Bien podeis, pues, conocer que no son las grandezas, los bienes ni los aplausos del mundo el camino del cielo, sino que á tal felicidad se llega como nos ha enseñado con su ejemplo y doctrina el autor y consumidor de nuestra fé, Cristo Jesus, por el camino de la humildad y del abatimiento, por la senda de los sufrimientos. Tal vez me direis que no os es ya desconocida la falsedad del mundo, que el ejemplo que hoy nos recuerda la Iglesia de la conducta de los judíos para con Jesucristo, os es suficiente para que huyais de las honras mundanas; pero que si aspirais á mayor grandeza y deseais riquezas, es por atender con desahogo al cumplimiento de vuestras obligaciones, al mantenimiento y cuidado de vuestros hijos. ¡Qué poca fé! ¡Qué poca confianza en la Providencia de Dios! A vuestra objeccion os contestaré, ó mejor dicho, os contestará el mismo Jesucristo. Oid sus

(1) Math. cap. VI, v. 20.

palabras. «No os acongojeis diciendo: ¿qué comeremos ó que beberemos, ó con qué nos cubriremos? »Porque los gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro padre sabe que teneis necesidad de todas ellas. »Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su Justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. Y así, no andeis cuidadosos por el dia de mañana, porque el dia de mañana á sí mismo se traerá »su cuidado. Le basta al dia su propio afan (1).»

Esta solemne promesa proferida por los mismos lábios de Jesucristo, es suficiente para que fijando nuestra vista en el cielo, no tratemos de buscar otros bienes ni otra felicidad. Nada nos servirá de pretesto para justificar nuestra ambicion y nuestros afanes terrestres, toda vez que tan solemnemente nos promete cuidar de proporcionarnos las cosas necesarias para la vida, si nuestra primera atencion es el reino de los cielos. ¡Oh! ¡Qué amor tan extraordinario el de Dios para con nosotros, pobres y miserables criaturas! ¡Qué corazon mas lleno de bondades! ¡Toda nuestra vida debia ser un homenaje continuo de gratitud! Dia y noche debiamos emplear nuestras lenguas en cantar sus alabanzas.

Ni temais, mis hermanos, porque el mundo os mire con desden y tal vez os desprecie porque seguís otro camino que el que él os señala. ¿Qué os importa el mundo cuando plugó á Dios daros el reino? *Nolite timere pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum* (2). Qué palabras tan consoladoras estas que nos dirige Jesucristo. «Ha sido complacido vuestro Padre de daros el reino.» Es decir, os ha llamado á

(1) Math. cap. VI, v. 31, 32, 33 y 34

(2) Luc. cap. XII, v. 32.

una suerte tan dichosa por un favor todo gratuito, por un efecto de su caridad... ¿Y quién es este Padre que así se ha complacido en darnos tan inestimable felicidad? Es Dios, el dueño absoluto del cielo y de la tierra, á cuya voluntad nada resiste: es el Omnipotente que cumplirá sus promesas, toda vez que nosotros no nos hagamos indignos de ellas por el pecado, y el reino que nos ofrece no es un reinado de la tierra que es perecedero, sino un reino de felicidad que no tendrá fin. ¡Cuán carnal y miserable es el hombre! ¡Cuán apegado á las cosas del mundo! Si Jesucristo nos ofreciese un trono de la tierra, ¡con cuántos afanes procuraríamos merecerle, y cuando nos ofrece un reino eterno, su mismo reino, nos mostramos indiferentes y no practicamos las obras que para conseguirlo nos pide! ¡Ah! ¡Demencia lamentable la de preferir las grandezas de la tierra á las del cielo, los bienes perecederos á los bienes eternos.

Procuremos, pues, mis hermanos, ser dignos hijos de nuestro Dios, y hacernos dignos del reino que nos ha preparado. No envilezcamos nuestra dignidad de cristianos: entremos en el espíritu de esta festividad, y la conducta del pueblo judío en el recibimiento que hoy hizo á Jesucristo, sírvanos de ejemplo para conocer la inconstancia de las cosas del mundo. ¡Ojalá que conociéndolo así volvamos las espaldas á sus fermentados halagos é inconsecuentes aplausos, y aspiremos tan solamente á las positivas grandezas del cielo! Si siempre debemos practicar las virtudes; si siempre debemos pensar con espíritu humilde y recogido en los abatimientos é ignominias de Jesucristo, y en su muerte sufrida por nosotros; si siempre debemos dar muestras de gratitud por tan señalados favo-

res, ¿con cuánto mas empeño no deberemos recoger nuestros espíritus, y entregarnos á la meditacion fervorosa de los misterios de nuestra redencion en los dias de la presente semana, dedicada por la Iglesia á tan sagrados asuntos? Hagámoslo así, mis amadísimos hermanos, procurando no olvidar en el resto del año las instrucciones recibidas en esta santa Cuaresma. Tributemos continuamente á nuestro Redentor adorables homenajes de amor y de gratitud: seamos fieles observadores de su divina ley; despreciemos los bienes y grandezas de la tierra, y suspiremos constantemente por el cielo, que Jesucristo nos abrió con su muerte, para que el premio de nuestras buenas obras y santas aspiraciones sea su posesion, felicidad que os deseo á todos. *Amen.*